

El sueño de Julián



El chofer, un individuo estrictamente cuadrado con lentes oscuros y el cuello de la Egabardina levantado, abrió la puerta del cadillac negro, importado de Detroit. Julián se despidió de la Diabólica del Caribe depositando un casto beso sobre su frente. La Diabólica del Caribe le dio la bendición y se enjugó la lágrima que empezaba a deslizarse por su mejilla con la punta del paliacate de seda que Julián le había regalado. Kato Kung Lee bajó de la combi del Sr. Pacheco; no le costó trabajo convencerlo para que se las regalara, a las primeras patadas y el primer tope volador consiguió el transporte para los guardaespaldas seleccionados por él, con el visto bueno de Julián. No en balde lo había nombrado su lugarteniente en el peligroso asunto del bastardo aquel, pinche hereje.

Julián escogió la escopeta recortada y la magnum 38 reservada para uso del ejército, ordenó al cuadrado chofer que cerrara la cajuela del elegante automóvil entrecerrando los ojos para conservar la imagen de su impresionante arsenal. Enseguida revisó el cargador de su consentida, la nueve milímetros que guardaba en la sobaquera. Aseguró la funda del cuchillo de sobrevivencia a la pantorrilla de la pierna derecha y acomodó el cebollero en la bolsa trasera del pantalón asegurándose de que el Esto lo cubriera completamente. Miró a la Diabólica del Caribe despreciando su cobardía y con un ademán permitió que Kato Kung Lee se aproximara a él. Despidió al resto del personal, incluyendo al cuadrado chofer y a la Diabólica del Caribe. Sacó la cigarrera de plata con su nombre grabado en oro, antes de que el cigarrillo llegara a sus labios. Kato, el fiel Kato, ya tenía lista la flama del encendedor de oro macizo exclusivo para el uso de Julián.

Las instrucciones eran claras: Kato debía ponerle en la madre al grandote, el escritor pinche hereje sería el blanco de la furia de Julián.

No tuvieron que esperar mucho tiempo. Desde el ventanal del segundo piso de la casa prefabricada una señora, presente desde el inicio de la construcción de los cimientos en la vida y obra de todos los vecinos, veía fascinada la negra silueta de Kato con

su uniforme de ninja, pero sobre todo la recia figura de Julián. Estaba irresistible con su traje gris rata, la corbata roja como la de Mike Hammer y una gabardina azul tirándole a gris, como la de Columbo, el sombrero igual al de Tony Tijuana y los lentes oscuros iguales a los de Mc Arthur. Julián saco un paliacate de seda igual al que le había regado a la Diabólica del Caribe, Kato le quitó el sombrero y esperó el fin de la operación de secado del sudor para volver a acomodar la mascada encarnada que ceñía la frente de Julián. El mismo Kato juraba que se parecía a Rambo. La señora de la casa en construcción suspiró emocionada: envidiaba a los niños agraciados con el autógrafo de Julián.

El escritor se aproximaba. Julián sabía que después del tercer coche brindado llegaría su presa. El combate era inminente, Julián se persignó discretamente y tensó el dedo índice de la mano derecha sobre el gatillo de la escopeta recortada, estaba a punto de disparar cuando una ráfaga de ametralladora inició el fuego cruzado sobre el estómago de Kato, por más esfuerzos que hizo no pudo ocultarse tras el poste de teléfono que lo protegía. Julián tendría que enfrentarse solo a la banda del hereje puto culero. Inesperadamente aparecieron los Ramones, la contundencia de su ataque hizo que las malignas fuerzas de Sal Buch'aca retrocedieran desordenadamente; una sonrisa escapó de los labios de Julián: era evidente que los Ramones habían sido entrenados por los comandos que buscaban al escritor maldito por todo el mundo, pero él no permitiría que nadie le arrebatará la presa para cubrirse con la gloria que solamente le correspondía a él, al gran Julián, el azote de los pinches herejes. La situación era crítica. Julián dio tres saltos mortales hacia atrás y desapareció tras una cortina de humo. Oculto entre la madera de los empaques de las casas prefabricadas esperó el desenlace del enfrentamiento entre los Ramones y la escolta del pinche hereje, que quién sabe cómo había logrado reorganizarse y empezaba a dominar la situación. Mientras los Ramones se peleaban entre ellos por quedarse con los mejores escondites Julián desenrolló el fino naylon de la cuerda que traía en el cuchillo de sobrevivencia y amarró los extremos en los troncos de los árboles del baldío. Regresó a su refugio entre los empaques de madera y con el cuchillo convirtió los palos en flechas y utilizó el naylon como la cuerda de un gran arco capaz de disparar seis flechas al mismo tiempo. Sal Buch daba instrucciones a sus tropas escondido en el interior de una camioneta de la Panamericana para que localizaran al volátil arquero. Los Ramones, aprovechando la confusión de sus contrincante, se dieron a la fuga sin preocuparse por sus heridos. Mejor, ahora se vería quién era quién. Julián cavó una trinchera con el cuchillo, disparó la carga completa de la nueve milímetros y se arrastró en busca de un mejor ángulo de tiro. Lo encontró atrás del montón de grava de la otra casa en construcción y abrió fuego con la escopeta y con la magnum, con sus primeros disparos derribó a por lo menos diecisiete enemigos, sumándolos a los veintitrés atravesados por sus certeras flechas. Antes de que los comunistas reaccionaran Julián se regresó a la trinchera y volvió a disparar sin desperdiciar una sola bala, todo un éxito: otros cuarenta y dos, no, cincuenta y nueve, no, noventa y seis integrantes del comando de seguridad del pinche ateo hijo de su pinche madre no volverían a respirar. Una bala perdida perforó el sombrero de Julián provocando su ira, se quitó el saco y la camisa, ajustó las correas de la sobaquera sobre la camiseta, como la de Pepe el Toro, y lanzó un grito, como de Juan Gabriel, que provocó la estampida de los cobardes mercenarios del ojete del Sal Buch. Ahora sí, hasta el pinche grandote había corrido. Julián sacó la nueve milímetros y...

-Julián... Julián. ¿Vas abrir la pinche puerta o que? ◇

